



DON JUAN DE SALAS , Y DOÑA MARIA IGNACIA.
Dase cuenta, y declara el maravilloso suceso que le sucedió à este Cavallero,
y à su esposa. Con lo demás que verá el curioso Lector.

PRIMERA PARTE DE LA DAMA PRESIDENTE.

Escucha , Lector discreto,
si de escucharme te agradas,
porque tragicos sucesos
son dignos de que la fama
los eternice , y se graven
en discretísimos mapas.
Y para que mi discurso
no peque aqui de ignorancia,
pido el auxilio à la Virgen
MARIA llena de gracia,
para que con su favor
mi humilde pluma no cayga
en ningun yerro , y que pueda
escribir con elegancia.
En la Ciudad de Truxillo,
Ciudad populosa , y larga,
residia un Cavallero
llamado Don Juan de Salas,
su esposa Doña Maria,
y por sobrenombre Ignacia.
Queríanse con extremo
con la paz que el Cielo manda.
A estos dos les asistia ,
en su casa por criada
una moza forastera:
de ella hacen confianza,
y la entregaron las llaves
del gobierno de la casa.
Se le ha ofrecido à Don Juan

un viage de importancia
à la Villa de Madrid,
y saliendo de su casa,
de su esposa se despide
con carifiosas palabras.
Prosiguieron su viage
sin embarazo de nada.
A este tiempo un Mercader
llegò con paños , y granas
à la Ciudad de Truxillo,
al tiempo que estaba Laura
à la puerta de la calle.
El dicho Mercader le habla;
ella le correspondió,
y deteniendo las cargas,
le pidió un polvo , y sacò
la dicha Laura una caja,
diòselo , y ha reparado
con gran curiosidad Laura,
que traia el Mercader
en un dedo , de esmeraldas,
y piedras de mucho precio
dos fortijas engastadas.
Alabòselas la dicha,
y el liberal le brindaba
con la una , y se la diò,
por donde quedò entablada
la amistad del Mercader
con la referida Laura:

se despide el Mercader,
y se ha ido á su posada,
y ella guardó la sortija,
sin decirle á su ama nada;
quando aquella misma noche
en el nombre de su ama
le embia á decir que venga,
que su señora lo aguarda.
El tenia ya noticias
muy eficaces, y claras
de la que señora era
en Truxillo celebrada
por su hermosura y belleza.
Se apretó con vigilancia;
y Laura en aqueite tiempo,
que sintió dormía el ama,
se puso de su señora
un vestido de importancia,
y con muy grande sigilo,
abriendo la puerta falsa,
sintió que era su señora,
y dió al Mercader entrada
para que de ella gozasse;
y antes que rompiera el Alba
salió el dicho Mercader,
y se ha ido á su posada,
y aquel mismo día vende
su mercadería, y marcha;
y siguiendo ácia Madrid,
ha llegado á una posada,
donde por fortuna encuentra
al dicho Don Juan de Salas,
que de vuelta de viage
venia por su casa.
Se saludaron cortesés,
y el Mercader preguntaba:
Pues, ¿donde camina usted?
Respondió Don Juan de Salas:
A la Ciudad de Truxillo,
que es casa que me importaba.
Dice el Mercader: Pues yo
salí ayer por la mañana
de Truxillo; y Don Juan dice:
Pues ¿esta tierra de importancia?
¿qué tal mugerie tiene?
Y él dice: No son ingratas,
aunque es muy cierto que yo
logré tener una dama,
que tiene fama en el pueblo,
y no es la hermosa Garamanta.

como la ponderacion:
y en suma le di una alhaja
de un anillo compañero
delle que presente se halla,
que juntas, las dos con arte
muy peregrino, formaban
un corazon muy paimoso.
Y Don Juan le replicaba:
Cierito que está muy precioso:
Amigo si usted gustara
de vendermelo, es lo cierto
que en gran forma lo estimara.
El Mercader le respondió:
El anillo, y quanto valga
mi persona, está muy pronto
á lo que usted me mandara.
Y sacandolo del dedo,
le dice aqueitas palabras:
Sirvase usted de él, que yo
soy gustoso de que vaya
á conocer mejor dueño.
Y Don Juan le dice: Vaya,
estimo favor tan grande,
y estoy proximo a la paga.
Estando en estas razones,
el Mercader procuraba
el saber la hora que era;
y Don Juan le dice: Aguarda,
amigo, que este Relox
lo dirá con eficacia.
Y sacando del bolsillo,
de diamantes y esmeraldas
engastado en oro fino,
el dicho Relox, lo daba
al Mercader, y le dice:
Estoy que es la una dada.
Vióle el Mercader de espacio,
y dice: Si no me engaña
la vista, digo lo mismo:
tomad, señor, vuestra alhaja.
Dixo Don Juan: Yo quisiera
fuera de mas importancia:
sirvase usted de guardarlo;
que aunque no lo doy por paga,
solo le doy por fineza.
Dixo el Mercader: Me agrada.
En fin con estas y esotras
se hizo hora de que talgan
cada qual á su viage:
se despidieron, y marchan.

Bol-

Bolvamos á dar noticias
de lo que le pasó á Laura.
Yá dixé como salió
el Mercader en confianza,
y en su entender satisfecho,
que con Doña Maria Ignacia
havia pasado la noche,
siendo así que fue con Laura;
pues vamos á que despues
que del lecho se levanta
la dicha Doña Maria,
quando llegó la criada
medio llorosa, y le dice:
Señora, muy lastimada
vengo de ver un pariente
mio, que se que se halla
perciendo, y me entregó
esta prenda de importancia,
diciendome, que sobre ella
cien cuidados le buscara;
y yo, sabiendo que usted
la caridad le sobra,
la recibí: aqui la traygo.
Y entonces respondió el ama:
Pues toma presto esta llave,
y de este escritorio saca
estos cien pesos, y dalos
á tu pariente, y que vaya
y remedie su afliccion;
y tú la sortija guarda,
y en todo tiempo que buelva
el dinero, havrás de darla.
Y ella dixo: Voy abaxo,
que mi pariente me aguarda.
Baxó por las escaleras,
y luego dentro de nada
subió, y dixo á su señora,
que el pariente repugnaba
el recibir el anillo,
y dixo que lo guardara:
pongaselo usted, que yo
quiero que usted lo trayga.
Respondió Doña Maria:
Tu amo vendrá mañana,
y no quiero que lo sepa;
y entonces respondió Laura:
Yo estaré con el cuidado
de salir á la ventana
así que llame mi amo,
y avisaré á usted que salga.

y entontes podré guardarlo,
sin que nadie sepa nada.
La noble Doña Maria
tomó el consejo de Laura,
y en su mano se lo puso;
y otro día de mañana
llegó Don Juan a Truxillo,
y en suma llegó á su casa,
llamó á la puerta, y al punto
salió á abrirle la criada.
La noble Doña Maria,
que oyó que su esposo llama,
baxó por las escaleras,
y con cariño lo abraza:
con el grande regocijo,
del anillo se olvidaba:
dexoelo puesto en sin,
y subió Don Juan de Salas.
Se previno la comida,
y al instante se sentaban
á comer con gran contento:
él y su esposa, y repara
Don Juan con grande recato,
que Doña Maria Ignacia
tenia puesto un anillo,
que él casi que lo entraba.
Y Don Juan le dice, hija,
cierito que veo una alhaja
que yo no la mandé hacer;
y ella dice: Aguarda, calla,
que este anillo que aqui tengo,
fabras como tu criada
ayer de mañana vino
casi llorando á mi casa,
y me dixo, que un pariente
suyo, que el pobre se hallaba
perciendo, y que traia
para que lo empuñara
este anillo, y sobre él
le di cien pesos: no passa
mas de lo que he dicho;
y en suma ella está en casa,
y puedes desto informarte;
y Don Juan su boca calla,
y despues que hubo comido
de la mesa se levanta,
y previniendo un cuchillo,
ha llamado á la criada.
La encerró en un aposento,
y le dice estas palabras:

Di-

Dime, Laura, la verdad
 de aquesto que passa en casa,
 que si la verdad me dices,
 prometo no hacerte nada;
 pero si tu me lo niegas,
 te he de cortar la garganta
 con este templado acero.
 Ahora me dirás, Laura,
 quien le ha dado aquel anillo
 a tu señora, di, acaba.
 Ella respondió: Señor,
 yo diré a usted lo que pasa:
 Aquí vino a esta Ciudad
 un Mercader de Granada:
 supe que era liberal,
 y yo en nombre de mi ama
 le mandé llamar, y vino,
 y entró por la puerta falsa.
 Estando en estas razones,
 con grande presteza llamaban
 a la puerta, y fue motivo
 para que esto se quedara
 en este estado, pues sale
 el noble Don Juan de Salas
 a recibir a su suegro,
 que supo aquella mañana,
 que havia venido Don Juan
 de su viage, y lo abraza.
 Y Laura en aqueste tiempo,
 sin saber una palabra
 se salió la puerta afuera
 por zafar de la maraña.
 Fuese el noble anciano, y sale
 Don Juan a buscar a Laura,
 y no pudiendola hallar,
 havia fingido una carta,
 y llegando a su esposa,
 le dice aquestas palabras:
 Doña Maria, sabrás
 que mi tío Don Juan manda,
 que hoy se halla su merced
 con su familia, y criadas
 holgandose en una hacienda
 del gran Duque de Miranda,
 y en esta me dice, que
 quisiera de buena gana,
 que pasáramos los dos
 a holgarnos esta semana:

y así, si quierdes, iremos
 luego que amanezca el Alba.
 Doña Maria responde:
 si es tu guiso, que se haga,
 se previene este viage,
 y Don Juan con la dada
 intencion que le asistia,
 salió de Truxillo al Alba,
 y caminando veloz,
 del Real camino se aparta,
 metiendose en unos montes;
 caminó larga distancia,
 y así que le pareció,
 al punto se desmontaban
 él, y su esposa, y le dice
 estas siguientes palabras:
 Por adukera enemiga
 quedarás entre estas matas,
 para que fieras horribles
 te hagan diez mil tajadas,
 que yo no quiero matarte,
 porque cruel y tyrana,
 así acabes con tu vida
 en esta aspera montaña.
 Y ella dice: Esposo mio,
 de todo lo que me passa
 estoy neutral; mas el Cielo
 por suya tome esta causa,
 porque yo no te he ofendido.
 Y él dice: Enemiga, calla,
 y despojandola al punto,
 a un duro roble amarrada
 la dexó, y en su cavallo
 se montó, y al punto marcha.
 Quedó esta noble señora
 muy triste, y desconsolada
 de verse en aquel desierto,
 lamentandose con ansias.
 Así estuvo largo tiempo,
 hasta que pudo con maña
 soltarse de los cordeles
 con que estaba maniatada.
 Paremos en este punto,
 discreto lector, si aguardas,
 que en otra segunda parte
 prometo con elegancia
 darte noticias enteras
 de esta historia dilatada.

F I N.

Se hallará en casa de Andrés de Sotos, frente la Iglesia de San Ginés.